



CONSECUENCIAS DE LA VIOLENCIA EN LA VIDA FAMILIAR Y SOCIAL

Claudia Truzzoli

Ponencia del 10 de febrero de 2006 en el seminario "Intervenció psicològica front la violència vers les dones", impartida en el COPC.

En otra ocasión, a propósito de la violencia, dije que más allá de los discursos políticamente correctos, que siempre tienden a generar un pensamiento unificado alrededor de fenómenos sociales, había que ser cautos. En lo que se refiere a la violencia en los vínculos hoy existe un doble peligro a la hora de enfocarlos. Por una parte, el riesgo de demonizar a una de las partes y des-responsabilizar a la otra, o sea, en este caso específico, ver como un demonio al agresor y como víctima inocente a la agredida, sin tener en cuenta que existe una implicación que une a ambos miembros de la pareja, incluso de una manera no deseada libremente por ambos. Hay un carácter profundamente alienado en estos vínculos, que afectan de distinta manera, aunque complementaria, a ambos. Desconocer esto es peligroso, porque podría llevarnos a conducir curas de una manera equivocada que no sólo no resolvería el problema sino que lo agravaría. Detenernos solamente en criterios sociológicos nos dejaría sin elementos terapéuticos útiles para tratar estos problemas. Por elementos sociológicos me refiero a citar la causalidad de la violencia **solamente** en la fuerza de los valores patriarcales que avalarían al agresor en el uso de la fuerza para dominar y a la víctima en la aceptación de la sumisión. Esta creencia ha llevado a postular en un artículo de la Ley de "Derechos de las mujeres que han sufrido violencia machista" que se ha presentado en el Parlamento de Catalunya en el mes de enero pasado, que las causas de la violencia son estructurales -entendiéndose por estructurales, sociales- y por lo tanto, su tratamiento hubiera quedado en manos de sociólogos o antropólogos. Como representante del Colegio de Psicólogos para introducir enmiendas importantes a esa Ley, defendí que los psicólogos también teníamos un trabajo que hacer en el tratamiento de mujeres maltratadas que no pasaba por su psiquiatrización sino para ayudarlas a salir de la confusión y el terror que implica sostener un vínculo violento. Sin desvalorizar las causas estructurales sociales, el psicólogo/a puede ayudar a desterrar emocionalmente los efectos de esas causas y empoderar a las mujeres para que puedan separarse desde dentro de esos vínculos nefastos. Cuando una mujer recupera el sano amor a sí misma, ya no necesita adherirse a cualquier hombre esperando para ser querida o reconocida, no necesita regalarse para que la quieran, puede elegir en qué condiciones se entrega a quien se lo merezca.

El otro peligro al que antes me refería en la manera de enfocar la violencia nos atañe particularmente a nosotros como psicólogos, y es la tendencia a comprender demasiado. Dicho en otras palabras, habituados a pensar en la etiología, podemos



tender a disculpar, considerando que si alguien es como es, se debe a una historia familiar, a los primeros vínculos traumáticos, a cómo éstos han conformado su personalidad, lo cual haría recaer la responsabilidad de la manera de ser del sujeto en cuestión en sus padres, tendencia a la que nuestros neuróticos son muy proclives. Como psicólogos no podemos desconocer la importancia de las historias familiares ni de los primeros vínculos que conforman la personalidad, pero eso no debe llevarnos a desconocer que con la misma etiología no todos los sujetos responden de la misma manera. Quiero decir con esto que hay algo del propio deseo del sujeto en cuestión que pone en juego dentro de un margen de elección sobre cartas marcadas, de acuerdo, pero hay un margen de elección, de conforme a su deseo, que no hay que desconocer, y del que el sujeto tiene que hacerse responsable. Si no lo entendemos así, daremos la razón a quienes piensan que no somos válidos para tratar el problema de la violencia familiar, porque nuestra tendencia sería entonces disculpar y no penalizar en situaciones donde se hace necesario la fuerza de la Ley para poner un límite a situaciones peligrosas para la víctima y los hijos. Como psicólogos, tenemos que manejarnos en un delicado equilibrio que tenga en cuenta la potencia de las determinaciones que el deseo del sujeto está poniendo en juego, sin demonizar, pero también sin tolerar los excesos.

En el curso de estas semanas hemos tenido noticias por la prensa de varios asesinatos no sólo de mujeres sino también intentos de asesinar a los hijos por parte de los mal llamados compañeros sentimentales. Uno de los casos me ha llamado particularmente la atención porque el asesino era un policía considerado experto en violencia familiar, que incluso participaba en seminarios y había sido invitado a dar conferencias sobre el tema. Allí tienen un claro ejemplo de cómo puede funcionar una persona disociada. Cuando en la intervención anterior yo decía que hay que cuestionar el concepto de normalidad, lo decía exactamente por esto. Este hombre era considerado, como muchos otros asesinos, un hombre no sólo normal, sino además amable. Nadie podía creer que fuese la misma persona la que hubiera asesinado a su compañera. Este no es un caso de perversión. Si ustedes recuerdan lo que dije en otra ocasión anterior, el perverso más que aniquilar físicamente, destruye psicológicamente y además no se mata. Este hombre después de asesinar a su compañera se suicidó en el acto. ¿Cómo podemos entender esto desde la estructura subjetiva puesta en juego?

Me parece importante resaltar algunas ideas que circulan prejuiciosamente alrededor de la violencia en estos vínculos. Una de ellas es la idea que son vínculos apasionados que conciernen a la pareja y que por lo tanto no habría que meterse en ellos. Otra es que se trata de un exceso de amor, como por ejemplo, cuando se dice de las mujeres maltratadas que son mujeres que aman demasiado. Otra es que se trata de un exceso de celos o de posesividad, que si bien se condena cuando se produce un asesinato, por otra parte se considera normal la posesividad porque se



dice que cuando no hay posesividad o no hay celos no hay amor.

Veamos una por una tales ideas. La violencia en la pareja no es una cuestión privada por varias razones. Los hijos son víctimas de la misma y el daño psicológico que se les produce, aparte del terror sufrido cotidianamente, es la identificación del amor con la violencia y con el sufrimiento. Frente a esta cuestión los hijos varones pueden desarrollar una identificación con el agresor que más tarde posibilitará que se conviertan en maltratados por no tener otras pautas identificatorias. En las hijas mujeres puede convertirse en una identificación con el aguantar, con el sufrimiento, que puede llevarlas a un vínculo con un hombre violento que reproduce la imago paterna.

Los primeros vínculos familiares son estructurantes de la subjetividad. Lo vivido marcará de alguna manera la sensibilidad a responder a determinadas elecciones. No de una manera mecánica ni absolutamente determinista, pero sí conformará el escenario con el que tendrá que manejarse y frente al cual deberá elegir si se defiende o si lo actúa. ¿Qué quiere decir esto? Que un sujeto que ha sufrido violencia puede rebelarse frente a la figura paterna agresiva, frente a una madre sumisa en exceso, intentar luchar contra la violencia interiorizada que lleva dentro de sí, hacerse incluso defensor de las luchas contra la violencia, pero estará marcado por ella y tendrá un sufrimiento interior que llevará años de psicoterapia intentar modificarlo. O bien puede identificarse con el agresor y ser esa identificación ego-sintónica y actuar igual que su padre y elegir a una mujer a la que pueda maltratar como su padre hacía con su madre.

Otra de las ideas prejuiciosas que circulan es que se trata de un exceso de amor. Pues no. La relación amorosa no tiene nada en común con la relación pasional. No se trata de un exceso, de una diferencia cuantitativa, sino de una diferencia cualitativa. La relación amorosa se caracteriza por el respeto mutuo, por el cuidado del otro y de sí mismo, donde no cabe la violencia destructiva. Las diferencias entre dos enamorados se intentan solucionar hablando, en el mejor de los casos, lo cual ya implica una posibilidad de simbolizar el malestar y de hacer intentos para solucionarlo, una capacidad de cuestionar al otro y también de cuestionarse a sí mismo. La idealización presente en todo proceso de enamoramiento no dura más allá de un tiempo determinado y aparece bastante pronto la capacidad de ver lo que no nos gusta del otro, aunque eso no afecte a la valoración global que hacemos de él y nos permite seguir libremente en el vínculo.

Las elecciones amorosas siguen dos modelos que Freud describió muy bien en su obra "Introducción al narcisismo". Estos dos modelos serían según la orientación narcisista y según la orientación llamada analítica o de apoyo. La orientación



narcisista que nos haría sensibles a ligarnos vincularmente con alguien que representa cierto ideal de ser de uno mismo, según el otro represente lo que hubiéramos querido ser y no somos, lo que alguna vez fuimos, por ejemplo, jóvenes, y ya no somos, o lo que uno es, donde lo que amamos en el otro es lo que amamos en nosotros mismos. Y por fin, la última elección narcisista, es amar a la persona que alguna vez fue parte de una misma, el hijo/a. En este último caso, el hijo permitiría consagrarse a un amor objetal sin abandonar el propio narcisismo. El otro modelo es la relación objetal conforme al tipo de apoyo, también llamada anaclítica. Se dirigiría al hombre protector y a la mujer nutricia. El hombre que protege y la mujer que sostiene y nutre donde se percibe claramente que se trata de una puesta en juego de anhelos que hablan del deseo de satisfacer lo que podría satisfacer un buen padre o una buena madre, que supieran arropar las necesidades de sus hijos. Esta búsqueda de satisfacción nunca se realiza con plenitud. Estos anhelos hacen sombra a los objetos reales con los que nos vinculamos y estos objetos siempre resultan insatisfactorios. Eso es normal, porque el anhelo se dirige a algo que responde a una ensoñación de lo que podría ser un vínculo ideal con una pareja ideal. Esa diferencia en menos entre lo que uno quisiera encontrar y lo que tiene es soportado suficientemente en una relación amorosa.

¿Cuál es la diferencia con las relaciones pasionales? Estas se caracterizan por una puesta en juego de un anhelo de fusión con el otro, que convertiría el encuentro entre los dos amantes en un mundo cerrado donde supuestamente se satisfacerían todas las necesidades. Cuanto más fuerte es este anhelo, más riesgo corre el sujeto de ser víctima de la pasión por lo que ésta encierra de alienante para quien la sufre. La relación pasional no es una relación simétrica, no es una relación paritaria. Es una relación profundamente desigual. Quien sufre una pasión puede sufrir el maltrato que recibe o a la indiferencia del compañero/a sin que ese sufrimiento le atenúe su necesidad de él, aunque su juicio crítico no esté cegado, incluso aunque pueda sentir cierto desprecio por su compañero. Estas relaciones se caracterizan por la inminencia del flechazo amoroso, por la sensación de un encuentro con el objeto deseado, de una plenitud que haría silenciar todo deseo. ¿Qué quiero decir con esto? El intento de erradicar toda insatisfacción, todo vacío, toda incompletud, llevaría al sujeto a la necesidad de vivir una especie de Nirvana, que eliminaría la tensión conflictiva propia de la vida, reduciendo esa tensión a cero. Le sucedería lo mismo al drogadicto que encontraría en la droga la sustancia de la cual depende y que sólo al principio le procuraría la satisfacción deseada. El problema es que con el uso reiterado de la sustancia, el placer inicial ya no es procurado más que con el aumento de la dosis hasta que se muere por sobredosis no sin antes pasar por un sufrimiento atroz. Con las relaciones pasionales puede suceder algo muy similar y funcionar como si fueran una droga de la que el sujeto no puede desprenderse aunque lo desee. Si bien no necesariamente terminan en una muerte física, aunque a veces puedan terminar con el suicidio o el asesinato, si suponen un eclipse del sujeto que es víctima de una



pasión. Eclipse de su yo en beneficio de una depositación de omnipotencia en el otro a quien se le confiere el poder de dar sentido a la vida del sujeto que le deposita ese poder, aunque eso sea a costa de un profundo malestar.

El amante apasionado vive esperando la repetición de un placer que le procura la sensación de plenitud que desea, aunque ésta sea muy efímera. Ese goce del instante pasional lo sume en un profundo sufrimiento tanto más intenso cuanto más se demora la repetición de la satisfacción. Aquí ya no estamos hablando de deseo, estamos hablando de que el objeto pasional se ha convertido en un objeto de necesidad vital. Esa búsqueda irresistible del placer en el encuentro pasional trae aparejado el malestar y el sufrimiento, porque el único lazo que se establece pasa sólo por el erotismo, dejando fuera del encuentro cualquier otra motivación. Todos los intereses que una persona pueda tener que son necesarios para el desarrollo de su propia personalidad, de su propia conservación vital, de sus ideales, de su trabajo, son absorbidos y eclipsados por la búsqueda del placer.

Piera Aulagnier, psicoanalista autora de “Los destinos del placer” ha estudiado particularmente las relaciones de dependencia bajo distintas formas, agrupando las toxicomanías, las ludopatía y las relaciones pasionales en una categoría particular de trastornos, fuera de los campos de la neurosis y la psicosis. Este grupo de fenómenos se caracterizan por una temática particular entre la necesidad y el placer. Cuando el objeto de placer se ha convertido en un objeto de necesidad, ese objeto empieza a formar parte de lo obligatorio, de lo impuesto, de lo que no es elegible. Cuando digo objeto de necesidad, lo diferencio de la necesidad que se puede tener de alguien a quien se quiere y/o se desea. El objeto de necesidad es vivido como alguien sin el cual la vida resulta imposible.

En el flechazo del encuentro tanto el amor como la pasión ciegan al sujeto frente a los defectos del otro, al menos al principio. Pero en la relación pasional adictiva esta sobreestimación del otro no sólo no dura sino que puede volverse en una estimación bastante realista del compañero, pero que sin embargo, no le permite desengancharse aunque el otro no merezca esa entrega. Justamente porque se ha convertido en un objeto de necesidad, no de deseo. En estos casos, el sujeto que sufre de una pasión, habla de su objeto pasional como si fuera un veneno con quien nunca debería haberse cruzado, pero del que no se puede desenganchar aunque el vínculo le resulte destructivo. Unas veces la pasión se prolonga en una relación duradera pero bajo el signo de una alienación adictiva. Otras veces, la relación evoluciona de una manera más razonable, o sea, pudiendo rescatar alguna autonomía yoica, pero con el riesgo de una dependencia alimentada por el recuerdo persistente de los inicios o de los momentos de placer, que abonan la nostalgia.



En el momento en que la relación pasional entra en crisis el riesgo de adicción se manifiesta en la compulsión a repetir situaciones similares. Entonces puede darse el caso que el sujeto debilitado en sus potencialidades vitales intente defenderse de esta posibilidad de repetición de una experiencia que no deja de ser traumática, tratando de erradicar inútilmente, toda búsqueda de placer o toda relación por el miedo de que le suceda lo mismo de lo que intenta escapar. O intentando convencerse de que puede prescindir del amor y del deseo, a través de potenciar exclusivamente otras áreas vitales, intereses, creatividad, en suma, un intento de pasar por la sublimación todas sus necesidades vitales. Y eso no es posible.

Poder tener una relación amorosa supone una renuncia al deseo de alienarse en otro, lo que conlleva un aprendizaje doloroso de soportar la insatisfacción o la pérdida de la plenitud deseada, que comportaría una ganancia en la diversificación de las fuentes de placer con el consiguiente logro del bienestar. Pero para llegar a esta elaboración que libera al sujeto, éste tiene que renunciar a la creencia de otro omnipotente que impregna con su presencia todas las áreas vitales y a la creencia de que sin él no puede vivir. Esta creencia es peligrosa porque hace de ese objeto un objeto que se cree insustituible.

Para Piera Aulagnier es inconcebible una relación pasional recíproca, porque cuando se proyecta ese poder desmesurado sobre otro, ese otro se vive como poseedor de un poder total, como si no le faltase nada, como si no necesitara de nadie. Eso satisface el yo ideal del sujeto que le otorga al otro ese poder, sin percatarse de los mecanismos proyectivos que está poniendo en juego y que representan la omnipotencia perdida de él mismo cuando era niño. Todas las relaciones adictivas comparten esta característica.

Para Erich Fromm, en “El arte de amar” sí pueden existir relaciones pasionales recíprocas, que serían aquellas que él describe como “egoísmo mutuo”. La dimensión adictiva se sostiene entonces sobre la ausencia total de interés de la pareja por todo lo que pueda existir fuera de ella. Se aíslan de los amigos, de los parientes, de la comunidad en general. Son las parejas que cuando uno se encuentra con ellas transmiten la sensación de que uno sobra allí, lo cual acentúa aún más su aislamiento y su dependencia mutua. Estas relaciones si se perpetúan no es sin un alto coste empobrecedor de la vida de las personas implicadas aportando a la larga más que satisfacción un alto grado de malestar y de odio mutuo. Odio que puede ser negado y reemplazado por la irritación de una ternura que resulta más dolorosa que el odio. El amor puede ser engañoso, pero el odio es lúcido y puede procurar inicialmente un intento de salida de la situación traumática. La angustia no miente nunca y habla de una dificultad de separación interior del sujeto a una relación que invade todas las áreas de su vida. Como dice Erich Fromm, para diferenciar lo que sería una relación amorosa de una relación pasional, no es lo mismo decir “te necesito porque te quiero”,



que decir “te quiero porque te necesito”.

El flechazo amoroso provoca una experiencia traumática tan intensa que el duelo resulta imposible. Pueden existir placeres traumáticos, encuentros demasiado fuertes y la adicción pasional consistirá en la búsqueda permanente de ese estado inicial. Cuanto más se difiera ese estado, más los amantes sufrirán su falta y sentirán que su vida peligrará. En la relación amorosa, por el contrario, el objeto es alguien con quien se puede soñar, con quien resulta placentero compartir otras cosas que no sean solamente una relación sexual, puede resultar placentero hablar, compartir tareas, proyectos, salidas. Además es vivido como alguien que pese a ser importante podría ser sustituido por otro si la relación llegase a sentirse agotada por múltiples razones. O sea, que después de un período normal de duelo, podría ser olvidado o convertirse en un amigo. El sujeto que se enamora de esta manera puede sentir que le sería posible ligarse a otras experiencias si fuese necesario. Su pareja es vivida como alguien que podría ser reemplazable si la relación a la larga resulta insatisfactoria más allá de ciertos límites. En una relación amorosa, el sujeto puede elegir porque siente que su objeto no es insustituible. En cambio, en la relación pasional, el otro se vuelve más importante que uno mismo, la relación tiene un aspecto sacrificial, el objeto de placer se convierte en un objeto de la necesidad más vital y el deseo se transforma en una necesidad imperiosa con una absoluta impotencia de la voluntad. El sujeto ya no es libre de decidir. La relación pasional al situar al otro por encima de todo supone no sólo una merma importantísima del psiquismo del sujeto sino que hace de la idea de la muerte la ocasión de realizar la relación fusional ideal que sólo sería factible en el mundo perfecto del más allá. Es el riesgo de muerte el que justifica, al igual que la huida de la relación y el replegarse sobre sí mismo, la lucha contra todos los objetos de dependencia.

La pasión se vuelve peligrosa cuando el objeto ha absorbido en cierta forma todo lo que se relaciona con el objetivo de la vida, con el sentido de la existencia, cuando las preocupaciones del sujeto por su propia supervivencia pasan a un segundo plano sin que su voluntad, anulada, pueda hacer nada por remediarlo. Otro de los riesgos de la relación pasional es que el sujeto fundido con el otro omnipotente siente que participa de esa grandeza todopoderosa y ya no se siente vulnerable. Esto suele suceder sobre todo al principio de la relación pasional. Esa inmensidad sacrificial de la relación pasional tiene una función de negación de la muerte. Se trata de una creencia en la omnipotencia infantil reencontrada en el objeto de la pasión y esta cuestión entabla una lucha contra la realidad. Morir puede ser deseable si es sentido como el mejor medio de reforzar el vínculo con el objeto ideal. La reunión tras la muerte es el verdadero objetivo de las pasiones fatales. ¿Sabían que el primer barbitúrico se llamó Veronal en honor a los amantes de Verona, Romeo y Julieta, de la tragedia de Shakespeare? Es muy significativo que un remedio que se administra para disminuir la ansiedad se asocie a una muerte conjunta de dos amantes. Es una muestra de



cómo la muerte de dos amantes es fantaseada como una posible re-unió imperturbable.

Esto es una pista importante para entender porque se producen asesinatos tras un intento de separación o una separación consumada. La famosa frase “la maté porque era mía” responde a la fantasía de que nada ni nadie podrá separar a la mujer amada del hombre que era su pareja. Asesinato que no por casualidad es seguido de un intento de suicidio, que a veces se logra y a veces no. Normalmente son los hombres que sufren este grado de alienación quienes son más inclinados a este recurso, excepto en “Atracción fatal”, donde es una mujer quien intenta asesinar a un hombre que no quiere una relación con ella después de haber tenido una relación sexual ocasional.

Una educación sobreprotectora, sumada a una sociedad en la que los individuos se han acostumbrado a ser asistidos en todos los ámbitos, o bien una sociedad, por el contrario, que no deja a los individuos encontrar la manera de integrarse en ella, como por ejemplo, los adolescentes marginados, produce sujetos inseguros o angustiados, que ven en la dependencia la manera de protegerse frente a las incertidumbres de la vida, creando así las bases de una adicción. Si a esto le sumamos, el refuerzo de los anhelos ideales de relación que se transmiten a través del amor romántico, como se dice en las canciones, boleros, por ejemplo, telenovelas, que hablan de encuentros ideales, se fomenta muchísimo el engaño en lo que se refiere a los vínculos reales, imposibilitando poder elaborar que ningún objeto real será jamás como el que se desearía encontrar. Esto puede llevar a una búsqueda incesante que hace romper todas las parejas porque creen que otro será mejor. En la vida de toda persona existe un anhelo adolescente de encontrar el vínculo ideal con un objeto, anhelo que puede durar siempre, si no se elabora la experiencia de la desilusión en la búsqueda del objeto de amor ideal. Elaborar la experiencia de la desilusión no es haber pasado por muchas desilusiones a través de la ruptura con distintas parejas, sino haber dejado caer la ilusión de la posibilidad de encontrar el objeto ideal. Porque si la caída de este ideal no se produce, uno puede estar toda la vida buscándolo y aumentando el grado de sufrimiento y de dependencia vincular que cada vez se hace más desesperada.

Las mujeres que son víctimas de la violencia de su compañero necesitan ser ayudadas en la desmentida de la ilusión de poder cambiar al otro. Este deseo de cambiarlo se estrella contra la realidad, porque el problema no sólo persiste sino que se va agravando paulatinamente, como se evidencia en el desarrollo del ciclo de la violencia doméstica. Esta voluntad de querer cambiarlo y no poder, lleva a la mujer que sufre un maltrato a preguntarse qué es lo que hace mal, se siente culpable de esa situación y se pregunta qué es lo que hace para provocar semejantes reacciones en el otro. Es una defensa que le permite preservar el vínculo con quien no se puede separar. O bien, también puede darse el caso inverso, de la mujer que se siente una



víctima pura, piensa que todo el problema está del lado del otro y cree que la única vía es la separación. Error por otra parte, en el que también creen muchos terapeutas que trabajan con mujeres maltratadas, forzándolas a una separación cuando no han elaborado los procesos más íntimos que le llevaron a permanecer en un vínculo tan destructivo. Tanto si es el terapeuta que la fuerza a una separación cuando aún no está preparada para ello, como si es la mujer que no se interroga por lo que la unió a ese compañero, el resultado será contrario al deseado. Sin elaboración de las motivaciones más profundas que hicieron posible ese vínculo, suele suceder con una altísima frecuencia que las mujeres maltratadas vuelvan con su agresor después de un tiempo de separación o busquen otro compañero que reproducirá lo mismo de lo que pretende alejarse, el mismo vínculo de maltrato. En el caso de los hombres, tienen que elaborar una dependencia negada que les hace culpabilizar a sus mujeres de todos sus males apoyados además por una cultura que jerarquiza de tal modo a los hombres frente a las mujeres que trae como consecuencia que no se cuestionen su propia responsabilidad en ese maltrato, por ejemplo, la posesividad patológica, con el argumento de que su mujer es suya, como si eso fuese una carta blanca que le daría derecho a cualquier cosa sobre ella misma. El problema es que eso significa una negación de la alteridad, negación de que son dos los que juegan con el mismo derecho puesto que son humanos. Sin embargo, socialmente se trasmite como valor aceptado que es el hombre quien tiene más derecho a la libertad y lo que se espera de la mujer es que lo acompañe, no que dese algo para sí misma. Cuando una mujer se muestra rebelde o reafirma sus intereses, el hombre que es su pareja, si no tiene trabajado en sí mismo la disparidad injusta que supone su presunta jerarquía que le otorga todos esos derechos que supone naturales por ser varón, no será capaz de asumir que su mujer tiene derecho a las mismas prerrogativas y a tener una existencia donde pueda decidir qué quiere para sí misma al margen de lo que ofrece a los otros.

Un hombre y una mujer que establecen vínculos violentos no están en absoluto preparados para una relación amorosa, paritaria, de respeto mutuo y con capacidad de hablar de sus malestares. Más bien, al contrario, es muy fácil que establezcan a la corta o a la larga una relación violenta, sea esta violencia implícita o explícita. De cara a una cuestión de tacto en el tratamiento de estas problemáticas, todas las cuestiones de estructura subjetiva que fuimos planteando anteriormente, no es necesario abordarlas desde el principio. Al contrario, está absolutamente contraindicado en un buen ejercicio de la práctica profesional. Antes hay que rescatar las posibilidades de autonomía latentes en cada sujeto, infundir confianza en sí mismos, ser muy prudentes con un deseo de curar que podría volverse en contra del objetivo a perseguir. Nunca se debe ir más allá del tiempo de elaboración que es personal y propio de cada sujeto, intentando por su bien, que se separe de un vínculo destructivo. Sí advertirle de los peligros, pero haciéndolo de un modo que no sea sentido como una presión a abandonar el vínculo, excepto cuando hay peligro por la propia vida de la mujer maltratada. En ese caso cabe una intervención más directiva, que la ayude a



alejarse de la presencia física de su maltratador, lo que puede implicar darle apoyo para una casa de acogida, pero seguir teniendo en cuenta para su tratamiento la dependencia interior hacia el mismo para no acelerar los tiempos de elaboración de una situación que le permita verdaderamente separarse del vínculo. Sería imposible de sostener una separación en los hechos cuando no se ha producido una separación en la afectividad. El resultado indeseable de una acción terapéutica que persiga el objetivo de curar demasiado rápido, es que la mujer abandone el tratamiento, o que respondiendo al deseo de su terapeuta, se separe, pero luego vuelva con su agresor o con otro hombre de características similares.

Con respecto a los maltratadores, que suelen tener muy poca conciencia de que tienen un problema, las terapias que actualmente se llevan a cabo con ellos, son terapias que tienden a controlar la violencia física, pero no profundizan en las causas que les motivan la violencia, lo cual en casos de separación por parte de las mujeres que los dejan, pueden vivirlo como una pérdida de tiempo, porque suelen ir a terapia coaccionados por sus mujeres por la amenaza de dejarlos si no lo hacen, pero sin conciencia de un problema a resolver en ellos mismos. Muchos de ellos acceden al tratamiento como un medio de reducir las penas a las que fueron condenados por delitos de violencia. Una de las maneras de atajar esto es que las leyes no permitieran una reducción de las penas aunque se sometan a tratamiento psicológico. Así se garantizaría que el que acude lo hace porque sabe que tiene un problema. Ese es un criterio que se ha acordado a nivel nacional en el área de violencia de género para todos los colegios de psicólogos del ámbito estatal.

De cara a la prevención de futuras generaciones, es importante no sólo insistir en la coeducación, en las perspectivas diferenciales de género, sino también educar en la advertencia de lo que es el amor real, desmitificando los pilares en los que se asienta el amor romántico, lo que supone una verdadera educación sentimental. Tal vez no sea suficiente, seguramente no lo será, porque nos enfrentamos a anhelos muy profundos que van en la dirección de la búsqueda del amor ideal, a estereotipos de género muy arraigados, que avalan comportamientos violentos por asociarlos a una mayor fuerza en el caso de la masculinidad clásica o a una mayor sumisión y entrega incondicional en el caso de la feminidad clásica. Pero es allí donde los psicólogos tenemos una tarea importante a realizar. No nos corresponde específicamente como psicólogos cambiar el mundo ni las injusticias que lo habitan, aunque podamos contribuir a denunciar las causas estructurales que se manejan a través de los discursos sociales que vehiculizan los estereotipos de género y los efectos nefastos del ideal del amor romántico, pero lo que sí nos corresponde como tarea específica es intentar cambiar el mundo interior de las personas que nos requieren, la realidad psíquica que les permitiría ubicarse de otra manera en la vida, en el trabajo, en el amor.